

lavó las manos delante del pueblo y dijo: Yo estoy inocente de la sangre de este justo: vosotros vereis. Y respondiendo todo el pueblo dijo: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Y Pilato mandó que se les concediese lo que pedían, y les entregó el que pedían, que había sido preso por una muerte y por sedición, y puso en sus manos á Jesus para que le crucificasen. (San Mateo, XXVII, 1 á 26, San Márcos, XV, 1 á 15, San Lucas, XXIII, 1 á 25, y San Juan, XVIII, 28 á 40, y XIX, 1 á 16)."

### CAPITULO XXIII.

JESUS ES CONDENADO A MUERTE Y CONDUCIDO AL CALVARIO CON LA CRUZ A CUESTAS.—LAS HIJAS DE JERUSALEM.—JESUS ES CRUCIFICADO ENTRE DOS LADRONES.—LOS SOLDADOS REPARTEN SUS VESTIDURAS.—BLASFEMIA DE UNO DE LOS LADRONES Y CONVERSION DEL OTRO.—PALABRAS DE JESUS A SU MADRE.—TINIEBLAS: SED DEL SEÑOR: SU MUERTE: PRODIGIOS ASOMBROSOS.

"Y despues que se mofaron de él, le desnudaron el manto de púrpura, y le pusieron sus vestiduras, y le llevaron para crucificarle. Y él llevaba su cruz (1). Y

sares, para que los destruyesen de una manera tan funesta. (San Cyrilo in Joann., lib. XII. San Chrysóstom. in Joann., Homil. LXXXIII). Y segun esta confesion de ellos, y la profecia de Jacob, había ya venido el Mesías. (Nota del Illmo. Scio al cap. XIX de San Juan).

(1) Era costumbre entre los romanos que el reo condenado á muerte

al salir, hallaron un hombre de Cirene, llamado Simon, que venia del campo, padre de Alejandro y de Rufo. Y le alquilaron para que llevara la cruz de Jesus (1).

"Y le seguia una gran multitud del pueblo, y mugeres que lloraban y se lamentaban de él (2). Mas Jesus, volviéndose hácia ellas dijo: Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí, sino llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos; porque ved que vendrán dias en que se dirá: ¡Dichosas las estériles y las entrañas que no concibieron, y los pechos que no criaron! Entonces empezarán á decir á las montañas: Caed sobre nosotros; y á los collados: cubridnos. Porque si esto hacen con la lena verde, ¿qué harán con la seca?"

Parece que la compasion de estas mugeres no fué mas que una compasion natural. Jesus con sus palabras, les dió ocasion de mover su corazon á la consideracion de los pecados por los cuales padecia el Señor, y á la penitencia. De allí á treinta y seis ó treinta y siete

llevara el instrumento de su suplicio. Véase lo que leemos en Plauto: *Patibulum ferat per urbem, deinde affigatur cruci.* (Nonius ex Plauto).

(1) Ya he notado en otra parte, que había muchos judios en Cirene, gran colonia griega, situada cerca del mar Mediterráneo en Africa. El evangelista San Márcos habla de Alejandro y Rufo, como de hombres conocidos en su tiempo. Tal vez este Rufo es el que San Pablo llama en la Epístola á los romanos, el escogido del Señor, y encarga que se salute á su madre como si fuera la suya propia.

(2) *Y llorando, koptesthai, plangere.* Esto quiere decir que padecian un dolor violento, y le manifestaban golpeándose la cabeza y el pecho; con todo, tambien significa lamentarse.

te años, cayeron sobre el pueblo judío los males á que alude aquí el Hijo de Dios. Bien pudieran los judíos haber dicho á las montañas y colinas que los cubrieran, cuando para eludir las minuciosas pesquisas de los romanos sedientos de sangre y de oro, procuraron algunos, pero en vano, ocultarse en las cuevas de la ciudad, segun dice Josefo (*de bello judaico*).

“Y eran conducidos con él otros dos criminales para que sufriesen la muerte. Y luego que llegaron al sitio que se llama Gólgota, es decir, lugar del Calvario, le dieron á beber vino mezclado con hiel, y habiéndole probado, no quiso beber (1).”

Los rabinos afirman que era costumbre entre los judíos dar una bebida muy fuerte á los que habian sido condenados á una muerte violenta, para amortiguar sus dolores, y hasta fundan esta costumbre con mas sutileza que exactitud, en la sentencia de Salomon (Lib.

(1) En las mas de las ediciones griegas se lee *vinagre mezclado con hiel* en el cap. XXVII, v. 34 de San Mateo, y *vino mezclado con mirra* en el cap. XV, v. 23 de San Márcos; pero en algunos manuscritos antiquísimos, entre ellos el de Cambridge, se lee *oinon*, vino, y la Vulgata traduce tambien *vinum*. De *oinon* podia fácilmente formarse *oros*; sobre todo, si el copiante tuvo en el pensamiento el brebaje de vinagre que se ofreció al Señor despues. Ademas, pudiera decirse tambien con razon, que el vino cuando se vuelve agrio, puede llamarse vinagre, lo mismo que vino. En cuanto á la mirra, de que habla San Márcos, y la hiel de que San Mateo hace mencion, es creible que hubiese una y otra en la mixtura, y acaso tambien se nombraron las dos solamente para expresar la extremada amargura del brebaje. Es sabido que la voz *cholé*, hiel, tiene una significacion latísima en el sentido moral y físico.

de los Proverbios, XXXI, 6): “Dad licores á los tristes, y vino á los que tienen amargura en el corazon.” Que el desvanecimiento fuese el objeto que se proponian, páreceme que resulta del hecho de haberse resistido nuestro Salvador á tomar aquel brebaje, queriendo beber, hasta la última gota, el cáliz de sus tormentos.

“Crucificaron á Jesus y á los dos ladrones, uno á la derecha y otro á la izquierda. Así se cumplió aquella palabra de la Escritura: Fué contado con los malvados. Jesus dijo: Padre, perdónales porque no saben lo que hacen.”

Un intérprete moderno (Sacy, *Explicacion de San Lucas*) cita aquí muy á propósito el pasaje de San Pablo en la Epístola á los hebreos (Cap. IX, v. 7), en que se dice, que el sumo sacerdote de la antigua alianza no entraba mas que una vez al año en el santo de los santos, que ofrecia por sus propios pecados y por los del pueblo. En este momento el Sumo Pontífice eterno entra una vez para siempre en el verdadero santo de los santos, y ofrece, no por él sino por todos nosotros. Por muy culpable que fuese la ignorancia de los judíos, y sobre todo, la de los caudillos del pueblo, todavía resulta cierto lo que dice el Apóstol en su Epístola primera á los Corintios (Cap. II, v. 7 y 8): “Si hubieran conocido la sabiduría de Dios que estaba oculta, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria.” Tal vez, segun el mismo comentador, pensaba San Pedro en esta peticion del Hijo de Dios en favor de sus enemigos,

cuando decia en su discurso (Actos de los apóstoles, III, 17): “Y ahora sé, hermanos, que habeis obrado por ignorancia como vuestros caudillos.”

¿Quién se atreveria á decir ni á creer que la súplica del gran Pontífice eterno fuese vana en el momento que entraba en el santo de los santos? La súplica del que pide como hombre y oye como Dios, no es vana. Ya veremos cuántos millares de judíos se convirtieron á él despues de su muerte.

Todo su Evangelio enseña la reconciliacion y el amor: toda su vida fué una vida de amor patentizado entre los hombres sus hermanos; y en la cruz pide por sus enemigos, y los disculpa delante de su Eterno Padre. Ved aquí lo que Dios puso en boca de un gran profeta á este propósito: “Porque entregó su vida á la muerte, y fué reputado entre los malvados, y cargó con los pecados de muchos, y pidió por los trasgresores (de la ley); por eso le daré en porcion un pueblo numeroso, y dividiré los despojos de los fuertes. (Isaías, LIII, 13).”

“Los soldados, pues (1), luego que crucificaron á Je-

(1) Un signo patente de la insensibilidad de los romanos, es que sus soldados, por otra parte tan altivos, se prestaban al oficio de alguaciles, y hasta de perseguidores y verdugos, no solo en los campamentos, sino tambien en las provincias. Hallamos muchos ejemplos de este uso, que provenia sin duda de la multitud de rebeldes exasperados por una opresion cruel: Tertuliano censura severamente, y con razon, este uso, disuadiendo á los cristianos de su tiempo de abrazar la carrera militar, y les dice: *Et vincula, et carcerem, et tormenta, et supplicia administrabil?* (Tertull., de Corona, XI).

sus, cogieron sus vestiduras (é hicieron cuatro partes, una para cada soldado) y la túnica: ésta era inconsútil, tejida de arriba á abajo (\*). Dijeron, pues, entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre cuya ha de ser: para que se cumpliese la Escritura que dice: Se repartieron mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes. Y así lo hicieron los soldados, y sentados le custodiaban.”

“Y Pilato escribió una inscripcion, y la puso sobre la cruz. Y estaba escrito: Jesus Nazareno, rey de los judíos. Como el lugar donde fué crucificado Jesus estaba cerca de la ciudad, muchos judíos leyeron aquella inscripcion, que estaba escrita en hebreo, griego y latin. Dijeron, pues, los pontífices de los judíos á Pilato: No escribas rey de los judíos, sino que él ha dicho: Soy rey de los judíos. Respondió Pilato: Lo que he escrito, escrito está (1).”

(\*) El manto ó capa era el vestido exterior, que constaba de cuatro pedazos, costados y unidos entre sí (*Deuter., XXII, 12*): y así, no tuvieron que hacer mas que descoserlos, y repartirlos entre sí. Y de aquí se infiere que fueron cuatro soldados los que crucificaron al Señor, y á los que pertenecian las ropas de los que eran crucificados. Los otros que asistian con el oficial, servian para hacerles la guardia, é impedir que los quitasen de la cruz. Era la túnica figura de la Iglesia indivisible, y una en fé y caridad. (Nota del Illmo. Scio al cap. XIX de San Juan).

(1) Era costumbre entre los romanos trazar en un cartel, y en pocas palabras, el delito de los que eran llevados al suplicio, y atársele al cuello, ó hacer que fuera publicándolo en alta voz elregonero. Respecto de los crucificados, se fijaba el cartel sobre la cruz y encima de su cabeza. Como los caudillos del pueblo habian arrancado, por decirlo así, la sentencia

“Y era la hora tercera del día cuando le crucificaron (es decir, entre las nueve y las doce de la mañana, según nuestro modo de contar).”

El apóstol San Pablo dice en la Epístola á los gálatas (Cap. III, v. 13): “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, habiéndose hecho maldición por nosotros, porque escrito está: Maldito todo el que está pendiente del madero.”

El pasaje que cita el Apóstol, está concebido en estos términos: “Cuando un hombre cometiere un delito que deba castigarse con la muerte, y condenado á muerte fuere colgado en el patíbulo, no permanecerá su cadáver en el madero, sino que será sepultado en el mismo día, porque es maldito de Dios el que pende del madero. (Deuteronomio, XXI, 22 y 23).”

Así quería el Hijo de Dios expiar nuestro orgullo y sensualidad (1).

“Y los que pasaban, blasfemaban de él meneando la

de muerte de Jesús á Pilato, este último se vengó, á lo que parece, con una burla, que recayó en parte sobre los judíos, aunque en la apariencia no debía alcanzar mas que á Jesús.

(1) Los rabinos aseguran, que según costumbre de los judíos, solo se colgaban en un palo para inspirar terror los cadáveres de ciertos criminales que habían perecido ahorcados ó apedreados, y que no se oraba, á lo menos, en público, por el alma del que permanecía atado al palo, siendo así, que por otros muertos se oraba en las sinagogas por espacio de once meses.

Los griegos y romanos ataban algunas veces el crucificado á la cruz, con cuerdas; pero otras le clavaban con clavos que le traspasaban las manos y los pies: entonces se apoyaban estos en una tabla, en que la parte

cabeza, y diciendo: ¡Eh! Tú que destruyes el templo de Dios y le reedificas en tres días, sálvate á tí mismo. Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz. Igualmente se burlaban los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos, y decían: Ha salvado á otros, y no puede salvarse á sí mismo. Si es rey de Israel, que baje ahora mismo de la cruz y creeremos en él. Confía en Dios: que le libre ahora Dios si le quiere, pues ha dicho: Yo soy el Hijo de Dios. Y los soldados le insultaban también acercándose y ofreciéndole vinagre, y diciendo: Si eres el rey de los judíos, sálvate.

“Y uno de los ladrones (\*) que estaban colgados, blasfemaba de él diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros. Mas el otro le reprendía diciendo: Ni aun temes á Dios porque sufres la misma pena; y nosotros á la verdad con justicia, porque recibimos el castigo merecido por nuestros delitos; mas éste no ha

inferior del cuerpo se sostenía con una cuña que atravesaba la cruz. Tertuliano dice, hablando de esta tortura, que era una atrocidad propia de la crucifixión: *Quæ propria crucis est atrocitas.* (Tertull. *adversus judæos* XI). Plauto hace también mención de este uso en aquel pasaje: *Ego dabo ei talentum, primus qui in crucem excurrerit, sed ea lege ut affigantur bis pedes, bis brachia.* (Plaut. in *Motellaria*, act. 2, s. 1, 12, 33).

(\*) San Mateo y San Marcos dicen: *que los ladrones, que estaban crucificados con Jesucristo, le escarnecían, etc.* Y así pudo suceder, como observa San Ambrosio, que al principio lo hicieron así, como todos los otros; pero el uno de ellos, penetrado después de un poderoso y eficaz auxilio de la gracia, se convirtió, reconoció al Señor, dió testimonio de su inocencia, le pidió perdón, y mereció oír una sentencia tan favorable. (Nota del Illmo. Scio al cap. XXIII de San Lucas).

hecho ningun mal. Y decia á Jesus: Señor, acuérdate de mí cuando fueres á tu reino. Y Jesus le dijo: En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el paraiso (\*). (San Mateo, XXVII, 31 á 34, San Márcos, XV, 20 á 32, San Lúcas, XXIII, 26 á 43, y San Juan, XIX, 17 á 24)."

Dos evangelistas dicen, que los dos ladrones crucificados con Jesus blasfemaban de él; mas San Lúcas por el contrario, dice formalmente: *Unus autem de his qui pendebant latronibus, &c.* Hallamos en los evangelistas diferentes pasages, en que parece que uno atribuye á todos los discípulos en general, lo que segun otro no dijo mas que uno solo. Así por ejemplo San Mateo (capítulo XIV, v. 17) pone en boca de los discípulos lo que

(\*) Jesus estuvo en la cruz, como José en otro tiempo, entre dos malhechores. Allí el uno es puesto en libertad, y el otro en un patíbulo: aquí el uno se salva, y el otro perece. Grande fué la fé de éste venturoso ladrón, y grande la eficacia de la gracia, con que el Señor le movió á que le reconociese y confesase por su Dios y Señor. Desde el momento mismo en que espiró el Hijo de Dios, todos los justos y santos de los siglos pasados estuvieron en su compañía, y gozando de su presencia, se hallaron en el paraiso, esto es, en el limbo de los padres, en medio de unas delicias, que el espíritu del hombre no puede comprender, mientras permanece cercado de esta mortalidad. Porque en el cielo no entraron, ni pudieron entrar, hasta que el día de la ascension fué elevada su sagrada humanidad, y les abrió las puertas. Jesucristo se sirve de las expresiones de los judíos, que llamaban *paraiso* la mansion de las almas bienaventuradas, porque el paraiso terrestre lo habia sido de nuestros primeros padres, mientras perseveraron en la inocencia. A este modo, tambien dieron el nombre de *Gehenna* al lugar en donde los malos eran atormentados. (Nota del Illmo. Scio al cap. XXIII de San Lúcas).

solo dijo San Andrés segun San Juan (Cap. VI, v. 8 y 9). Así dicen los discípulos, segun San Mateo (Cap. XXVI, v. 8) lo que solo dijo Judas Iscariotes segun San Juan (Cap. XII, v. 4 y 5). En otros pasages hace decir un evangelista á todos los discípulos, lo que únicamente dijo Pedro, segun el testimonio cierto de otro. Lo seguro en todos estos casos es, que el discípulo nombrado dijo lo que se pone en boca suya; pero no es tan cierto que los otros lo dijesen igualmente.

Una vez que el evangelista San Lúcas dice en términos formales, que uno de los ladrones blasfemó de Jesus, es verosímil que no lo hizo el otro; con todo, yo no me atreveria á asegurarlo con certeza. Acaso el uno blasfemaba con furor, mientras que el otro se dejaba llevar por una culpable ligereza á proferir una expresion injuriosa, cuyo sincero arrepentimiento produjo en él una centella de salvacion.

Segun la profecía de Simeon, fué puesto Jesucristo *para la ruina y resurreccion de muchos en Israel.* A ejemplo de aquel que fué crucificado con él, muchos pudieron caer, así como muchos pudieron levantarse otra vez.

Esto dió lugar á dos escándalos. Hay hombres que se valen de este *tizon arrancado del fuego*, segun una expresion profética, como de un pretexto para diferir la penitencia, y se engañan torpemente. Esta es una locura y un crimen: como si un hombre estuviera seguro de no morir repentinamente: como si la mayor parte de

las enfermedades no redujesen el enfermo al estado de letargo é indiferencia en todo lo que no toca directamente á los sentidos que padecen; como si el enfermo no experimentase nunca un sopor absoluto, el sueño ó el delirio, resultado de una fiebre ardiente. ¿No se le ha visto nunca padecer sueños que representan imágenes que abraza el alma con ansia, hasta que la arrebatara la muerte? ¿Qué locura esperar á los días por otra parte tan inciertos del dolor, del letargo y de una fiebre ardiente, para levantar el alma y el corazón á Dios, para fijar seriamente el alma en las cosas invisibles y el corazón en Dios, de quien se desvia uno de intento por entregarse á la concupiscencia de la carne, á la concupiscencia de los ojos, y á la soberbia de la vida, lo cual no viene del Padre sino del mundo, como dice San Juan! del mundo por quien no pedía Jesús cuando desahogó su corazón en la presencia de su Padre celestial por amor á los suyos. ¿Qué locura esperar á aquellos días en que tal vez todos los que rodeen al enfermo, se dedicarán exclusivamente á apartar de él el pensamiento saludable de la muerte, como moscas incómodas! ¿Qué locura! Pero la locura que arriesga la eternidad, es un delirio. ¿Qué ingratitud! Pero la ingratitud hácia nuestro Criador y Salvador, hácia el que nos ha santificado, es un crimen. ¿Qué locura y qué ingratitud renunciar á Dios por el mundo, con la esperanza de que podremos, cuando el mundo nos abandone, echarnos en el seno de la misericordia divina! Pero las circunstancias mas favo-

rables, rarísimas por cierto, que pueden presentarse en el lecho de la muerte, dejan poca esperanza al que se ha burlado de aquella misericordia. El temor del abismo abierto, aun cuando le viéramos á nuestros piés, no puede encender el amor en el corazón, y sin amor de Dios, nadie verá la cara de Dios. El arrepentimiento sin amor es un presentimiento del infierno (1).

El que haya abusado desdeñosamente de los llamamientos misericordiosos de Dios, es probable que á la hora de la muerte esté mas cercano de la desesperacion que del arrepentimiento mezclado de amor: ó le endurecerá la impiedad, ó le cegará la ilusion acerca del estado de su alma, y algunos consoladores afligidos (engañados como él) mantendrán aquella ilusion. Hasta los mundanos hacen á veces los falsos devotos junto al lecho del dolor de su compañero; y si muere con vanas

(1) El autor, impelido de un celo fervoroso, pinta aquí con energía las dificultades de la conversion dilatada de propósito hasta la hora de la muerte; pero no se vaya á inferir por eso, que la reputa como imposible. Léanse las tres páginas siguientes, y se aclararán todas las dudas. Tambien se entenderá mejor esta proposicion: *El arrepentimiento sin amor es un presentimiento del infierno*; la cual conviene en el fondo con la doctrina de todos los teólogos ortodoxos sobre la contricion perfecta é imperfecta (§).

(N. de los EE. de la B. R.).

(§) Es necesario no perder de vista la doctrina de fé, definida por el santo Concilio de Trento, Sess. 6, Cán. 8: *Si quis dixerit gehennæ metum, per quem ad misericordiam Dei de peccatis dolendo confugimus, peccatum esse, anathema sit.*— (Nota del aprobante mexicano).

esperanzas, se consuelan ellos con la de que algun dia, cuando ya no tenga el tiempo nada que concederles, y se acerque la eternidad, tendrán tambien parte en las delicias del cielo.

Mas tambien se equivoca y es ingrato aquel para quien la misericordia que Dios concedió al ladron, se vuelve un motivo de duda, de murmuracion y de mofa. Tal vez aquel ladron era un jóven precipitado en el mal en un instante de olvido: tal vez mientras estaba aherrado en la cárcel, habia levantado ya los ojos á Dios; pero tales suposiciones son superfluas. Lo cierto es, que era un gran pecador y que ultrajó al Hijo de Dios de concierto con sus enemigos. Así, tampoco él sabia lo que hacia, y la súplica del Pontífice Eterno obraba en él en los últimos instantes de su vida. El Hijo de Dios ha recibido dones para los hombres, aun para los rebeldes, como dice el real Profeta. (Salmo LXVII, v. 19). El rayo de la divina gracia puede penetrar la noche del pecado, y ablandar corazones duros como un peñasco. Si es un frenesí audaz querer vivir en el pecado, y contar con que este rayo de la gracia de Dios iluminará la noche de la muerte, tambien es una temeridad frenética sostener que el Sol de Justicia que está inmóvil en su horizonte, no alumbrará jamas con su resplandor la noche en que está sumergida el alma del pecador.

¡Qué cruel es la filosofía que no concede ninguna misericordia al verdadero arrepentimiento del moribundo, so pretexto de que no está ya en su mano, como dice

aquella, destruir la secuela del pecado, practicar ninguna virtud, ni hacer buenas obras! Nosotros no podemos dar valor y duracion á nuestras virtudes, ni precio á nuestras acciones, sino refiriéndolas á Dios, y dirigiendo nuestra voluntad y nuestro amor hácia él: nada podemos ofrecer á Dios mas que nuestra voluntad. Todo el que se la consagra realmente (y el simple temor de la muerte no puede hacerlo sin amor), todo el que derrama lágrimas amargas de arrepentimiento, arrancadas, no solo por el temor de la muerte, sino por la idea de no haber amado al único que es digno de amor, al ser de los seres, al Padre que entregó su Hijo por nosotros, al Hijo que murió por nosotros, al Espíritu Santo que nos santifica; todo el que reconoce con lágrimas haber quebrantado su ley, y está dispuesto á dedicar en su servicio toda la vida, si Dios se la restituye; no debemos nosotros que *somos malos*, segun expresion del Evangelista, juzgarle ni desesperar de su salvacion, mucho menos cuando tiene los sentimientos del Rey penitente, que levantándose gloriosamente del hondo abismo en que cayera, decia de lo íntimo de su abrasada alma: "El sacrificio para Dios es una alma partida de dolor: oh Dios, tú no despreciarás un corazon contrito y humillado."

Aquel que con la conciencia de sus pecados se arrastra por el polvo, como un gusano, delante del juez de cielo y tierra, con un arrepentimiento verdadero, y con un amor que impide que el temor llegue hasta la desesperacion; aquel que implora la misericordia desde lo pro-